

Es que una grande voz por la noche me ha hablado;  
es que quería, en fin, conduciendo la masa  
hasta el fin de mi objeto, con el siglo que pasa  
poner también de acuerdo el siglo que ha pasado.

El genio necesita un pueblo, cuya llama  
ánime, alumbre, abrase, como un alma que ama.  
Ha de regir un mundo, á modo de tirano;  
que cuando el huracán embravecido muge  
y encima de las rocas tomó todo su empuje,  
nada sobra á su fuerza de todo el Oceano.

Allí puede extender sus alas tremebundo,  
sobre un abismo ancho, encima un mar profundo;  
allí puede saltar, gigante caprichoso,  
y dar vueltas, erguido, en medio la tormenta,  
mientras un pie en la tromba seguro le sustenta  
y el cielo aguanta rígido con brazo poderoso.

Mayo, 1828.

## LIBRO CUARTO

---

1819-1827

*Spiritus fiat ubi vult.*

## ODA PRIMERA

## EL POETA

¡Musa! ¡Contempla á tu víctima!

LAMARTINE.

## I

De un mundo que le ignora entre las olas,  
el desgraciado agosto á quien devora  
su alma, que en paz pase.  
¡Respetemos sus nobles desventuras!  
¡De su existencia austera,  
huid, placeres vanos!  
Su palma que se mece  
celosa y solitaria,  
no puede tener vida  
entre las flores vuestras.

Sin añadir á ellos vuestro júbilo,  
bastantes males sufre  
y cada paso nuevo que le abisma  
por sublimes caminos

se cuenta aún por otra desventura.  
 Por su juventud llora  
 antes de edad huída; y caña humilde  
 que se inclina rendida por el peso  
 de la inmortalidad es su existencia.

Él llora ¡oh infancia bella!  
 tu gracia y tus encantos,  
 y tu risa inocente  
 y tus cándidas lágrimas;  
 tu dicha dulce y brusca  
 y lejos de los cielos espaciosos,  
 el querido lugar donde reposas;  
 y en los ruidosos juegos,  
 tu corona de rosas agostada  
 si tan sólo tocase  
 tu ardorosa cabeza.

Él acusa á su siglo, y á sus cantos,  
 y á su lira, y la copa embriagadora,  
 en donde, disfrazando su delirio,  
 la gloria tan amarga hiel derrama;  
 y promesas funestas persiguiendo,  
 su corazón, sus votos, y su musa,  
 y tantas concesiones celestiales  
 que no son ¡ay! el cielo que creía.

## II

¡Si al menos, acostado dulcemente  
 de la vida en el carro,  
 el himno de su triunfo  
 y los gritos de envidia  
 pasasen sin turbar su dulce sueño!  
 ¡Si preparar pudiera su memoria

en el olvido mismo,  
 ó cubierto de rayos  
 en la gloria esconderte  
 como en el sol un ángel!

Pero es preciso en la común arena  
 seguir sin descansar la ola gigante  
 que le rechaza y la ola que le arrastra.  
 Los hombres le detienen en su curso;  
 su voz grave y segura  
 se pierde entre la vana gritería,  
 y su loca soberbia  
 mezcla en sus distracciones sin objeto  
 el cetro que á su mano pesa tanto.

¿Por qué á ese rey tan lejos de sus reinos  
 arrastrar? ¿Qué le importa á aquel gigante  
 un cortejo de átomos?

¡Tan sólo es de vosotros de quien huye,  
 hijos del mundo! ¿Qué es lo que le importa  
 al inmortal vuestro fugaz imperio?

Sin sus cantos humildes,  
 sin los sonos vibrantes de su arpa,  
 ¿no tenéis todavía  
 suficiente ruido?

## III

¡Dejadlo en la penumbra  
 á donde la luz baja!  
 ¿No sabéis que una musa, embelleciendo  
 el polvo en donde yace,  
 hechiza allí en silencio su fastidio,  
 y que, para él dejando  
 las eternas fiestas,

la paloma de Cristo  
y el águila profética, á menudo  
bajan á visitarle por las noches?

Su vigilia temible,  
en sus santas visiones,  
ve los soles nacies  
y las esferas frías  
que del cielo en el fondo en tropel pasan,  
y siguiendo en el aire  
un coro ardiente de ángeles,  
busca en lejanos mundos  
cuales extrañas formas  
el ser universal reviste en ellos.

¿No sabéis que sus ojos  
tienen miradas de encendido fuego?  
¿No sabéis que la nube  
sobre su alma extendida  
nunca jamás se ha levantado en vano?  
Dorada por la luz y por las llamas  
enrojecida, su ala, en un instante,  
de la infernal orgía subir puede  
al banquete divino.

Dejad, pues, ¡oh mortales temerarios!  
muy lejos de vosotros  
al que entre sus hermanos Dios marcara  
con el signo á la vez funesto y bello,  
y que entrevé con su pupila ardiente  
más misterios sombríos  
que no leen los muertos espantados  
en las eternas sombras  
bajo la fría piedra de su tumba.

## IV

Llega un día en su vida  
en que la misma musa,  
su arpa suprema armando  
de un sacerdocio augusto,  
á la tierra, de sangre embriagada,  
un poeta le envía,  
á fin de que, salvándonos  
de nuestra audacia propia,  
nos traiga de los cielos  
la oración del que es Todopoderoso.

Un formidable espíritu  
en su mente descende.  
Aparece, y de súbito,  
lanzada cual relámpago,  
como un fuego chispea su palabra.  
Prosternados los pueblos  
en tropel lo rodean;  
Sinaí misterioso,  
los rayos le coronan  
y todo un Dios lleva su augusta frente.

Agosto, 1823.

## ODA SEGUNDA

## LA LIRA Y EL ARPA

*Alternis dicetis, amant alterna Camœnæ.*

VIRGILIO

*Et cœpit loqui, prout Spiritus sanctus  
dabat eloqui.*

Act. Apost.

## LA LIRA

¡Duerme, oh hijo de Apolo,  
duerme en paz! Sus laureles te coronan;  
te adoran como á un rey las nueve hermanas;  
los Sueños te rodean  
con nebulosos coros  
y muy cerca de ti canta la lira.

## EL ARPA

¡Despierta, pobre joven,  
de la miseria hijo!  
Un sueño cierra al día  
tu vista oscurecida, y en tu sueño,  
tu hermano, un indigente,  
inútilmente siéntase á tu puerta.

## LA LIRA

Tu edad corta es simpática á la Gloria;  
siendo niño, la Musa abrió tus ojos  
y ella tu nombre coronó radiante.  
Vanamente Saturno te amenaza;  
ve, el Olimpo deriva del Parnaso,  
los poetas crearon á los dioses.

## EL ARPA

Fué una mujer tu madre  
que ya lloró sobre tu triste cuna.  
¡Sufre, pues, hombre! Tu existencia efimera  
brilla y tiembla lo mismo que una antorcha;  
Dios, tu señor, trazó con signó austero  
tu camino en la tierra,  
y señaló tu sitio en una tumba.

## LA LIRA

¡Canta! Júpiter reina  
y el universo implora,  
á Marte abraza Venus  
con graciosa sonrisa;  
Iris brilla en el aire, y en los campos  
brilla la gentil Flora. ¡Canta, canta!  
Los inmortales, desde que el sol nace  
al instante preciso en que se pone,  
en tres pasos recorren todo el cielo.

## EL ARPA

¡Ruega! Un Dios hay tan sólo  
en su clemencia justo,

que siempre sin cesar rejuvenécese  
 por la huida del tiempo.  
 Todo se acaba en él y por él nace;  
 su ser el mundo llena  
 como una inmensa alma,  
 y lo eterno palpita en lo infinito.

## LA LIRA

Te invita á huir tu hermosa y dulce Musa  
 Busca un abrigo plácido y sereno;  
 el mortal, cuyo trato  
 el que es sabio se evita,  
 sufre un siglo de hierro. Ven, y cerca  
 de tus lares tranquilos  
 verás en las ciudades, desde lejos,  
 cual ruge la Discordia de cien voces.  
 ¡Qué le importa al dichoso solitario  
 que devaste la tierra el austro ardiente,  
 si sus bosques no agita ni tan sólo!

## EL ARPA

Dios, por el que se expía todo crimen,  
 marcha con quien le sirve.  
 Como Juan, cuando vino del desierto,  
 ante la muchedumbre se descubre;  
 ve, pues, habla á los pueblos  
 de la tierra intranquila,  
 diles que la tormenta que rebrama  
 al juez irritadísimo revela,  
 y para herir mejor su atento oído,  
 que tus voces se eleven, semejantes  
 al rumor de una urbe.

## LA LIRA

El águila es el ave  
 del Dios al que se adora antes que á todos.  
 Desde el Cáucaso al Atos,  
 el águila, cerniéndose en el aire,  
 rey del fuego ardoroso que fecunda  
 y del fuego instantáneo que devora,  
 contempla el sol y vuela  
 por encima del rayo.

## EL ARPA

Desciende la paloma  
 del cielo que suspenso la saluda,  
 y al Espíritu Santo  
 velando bajo su mirada ardiente,  
 lo mismo ama al anciano preferido  
 que á la elegida ruborosa virgen;  
 un ramo al arca lleva  
 y anuncia un Dios al mundo.

## LA LIRA

¡Ama! Eros reina en Gnido,  
 en el Olimpo y Tártaro;  
 ilumina su antorcha  
 de la costa de Sestos  
 el faro sonriente;  
 consume á Ilión de Paris por la mano.  
 Tú de hermosa en hermosa huye, y cambia  
 con sus encantos; el Amor engendra  
 lágrimas solamente. Los Amores  
 sólo son los hermanos de las Risas.

## EL ARPA

Los amores divinos  
nos prohíben los odios infernales;  
para tu alma pura  
busca un alma de virgen.  
¡Ámala! Jehová á Israel amaba;  
dos seres que en la sombra  
une un santo misterio,  
pasan sobre la tierra, enamorados,  
como dos desterrados de la gloria.

## LA LIRA

¡Goza! El río moviente de los vivos  
para al fin en el río de las sombras.  
El sabio, cuando tiene días tristes,  
á los dioses los echa ó á los vientos,  
y cuando la imprevista muerte llega  
cual pálido y callado convidado,  
desde su triste cama  
las dos manos le tiende,  
y sonriendo de lo que él ignora,  
se duerme, abandonándose  
en la noche sin término,  
soñando en un mañana placentero.

## EL ARPA

Sostén á tus hermanos que vacilan;  
si les ves sufrir, llora.  
Vela con gran cuidado, ora con celo;  
vive siempre la muerte recordando.  
Cree el vil pecador, cuando sucumbe,  
que en la tumba hay la nada,

cual dentro de sí la encierra  
la voluptuosidad; mas cuando el ángel  
impuro le reclama, se horripila  
al ver que un alma tiene,  
y ante lo eterno tiembla estremecido.

\* \* \*

El poeta, en su aurora todavía,  
escuchaba admirado  
las dos lejanas voces  
que del cielo bajaban;  
y á intervalos, más tarde,  
todavía muy débil,  
al eco del Parnaso murmurando  
un himno del Carmelo.

Abril, 1822.

## ODA TERCERA

## MOISÉS EN EL NILO

Al propio tiempo la hija de Fa-  
raón fué al río para bañarse, acom-  
pañada de sus doncellas, que anda-  
ban á lo largo de la ribera.

ÉXODO.

«¡Venid, hermanas mías!  
Al calor inicial del día nuevo

son las ondas más dulces y más frescas;  
 aún en su morada  
 el segador reposa,  
 desierta está la orilla todavía,  
 apenas un murmullo imperceptible  
 se levanta de Memfis,  
 y bajo esos espesos bosquecillos,  
 nuestros castos placeres  
 no tienen más testigo que la aurora.

»En el viejo palacio de mi padre  
 todas las artes brillan;  
 pero estas orillas,  
 salpicadas de flores,  
 hechizan más mi vista  
 que un estanque de oro reluciente  
 ó una fuente de pórvido;  
 estos cantos aéreos  
 son siempre mis conciertos favoritos;  
 prefiero á los perfumes  
 que bajo nuestros techos se evaporan  
 el soplo embalsamado de la brisa.

»¡Venid, hermanas mías!  
 ¡Está tan quieta el agua  
 y el cielo está tan puro!  
 Dejad que floten sobre esos zarzales  
 los pliegues azulinos  
 de vuestras finas túnicas;  
 desatad mis coronas  
 y estos celosos velos,  
 que, en el seno de la onda murmurante,  
 retozar con vosotras hoy ansío.

»¡Démonos mucha prisa!  
 Pero... ¿qué es lo que veo

entre las vagas brumas de la aurora?...  
 Mirad el horizonte indefinido.  
 ¡No temáis nada, tímidas doncellas!  
 Sin duda será el tronco de una palma  
 que desde los desiertos  
 al mar lleva la ondá...  
 ¡Tal vez venga á mirar estas Pirámides!...

»¿Qué digo? Si mis ojos indecisos  
 no son objeto de un extraño engaño,  
 es la barca de Hermes  
 ó la concha de Isis  
 á las que impele una ligera brisa.  
 Pero no, es un esquife,  
 donde, en dulce reposo,  
 á un infante distingo  
 dormitando en el seno de las olas  
 cual se duerme en el seno de una madre.

»Sueña; desde muy lejos,  
 en su flotante lecho al contemplarle,  
 creeríase que boga sobre el río  
 el dulce nido de un palomo blanco.  
 Del céfiro al impulso caprichoso,  
 en su cama infantil camina incierto;  
 balancéalo el agua  
 mientras duerme tranquilo y sonriente  
 y el moviente, espumoso precipicio,  
 en su tumba parece que lo mezca.

»¡Oh vírgenes de Memfis!  
 ¡Acudid que despierta, grita y llora!  
 ¡Oh! ¿Qué madre ha podido  
 entregar á su hijo idolatrado  
 al voluble capricho de las ondas?  
 Ved. Sus brazos extiende.



Las aguas por doquier se arremolinan;  
no tiene otra defensa  
que de las olas pueda resguardarle  
que una cuna de juncos debilísimos.

»¡Salvémosle, oh hermanas!  
Tal vez es de Israel un pobre niño.  
Mi padre proscribiólos;  
¡es bien cruel mi padre  
en proscribir así á los inocentes!  
¡Oh pobre, débil niño! Sus desgracias  
mi amor emocionaron;  
¡yo quiero ser su madre!  
Me deberá sus días  
ya que su nacimiento no me deba.»

Así, de un rey potente la esperanza,  
habló la joven Ifis,  
cuando á orillas del Nilo  
su inocente cortejo  
proseguía su curso vagabundo,  
y cuando la heredera de los reyes  
todos sus velos de oro se quitaba,  
creíanse las jóvenes beldades,  
á las que ella ofuscaba todavía,  
contemplar á la hija de la onda.

Bajo sus pies purísimos  
el agua se estremece,  
y temblando en su marcha  
por el niño que llora temerosa,  
la compasión la guía;  
ya ha cogido el esquiife;  
orgullosa de aquel precioso peso,  
por vez primera en su radiosa frente  
ve mezclarse el orgullo

al pudor candoroso.

Dividiendo las ondas prontamente  
y las cañas rompiendo,  
á la orilla de arena humedecida  
lleva con lentos pasos  
al niño que ha salvado de las aguas;  
y una tras otra, sus hermanas todas  
depositan un beso ruboroso  
sobre la frente del recién nacido,  
mostrando su sonrisa  
á sus ojos abiertos y asombrados.

Tú, que desde muy lejos,  
en dudas crudelísimas,  
seguías con los ojos á tu hijo  
por quien velaba el cielo, nada temas;  
y acude que, apretando entre tus brazos  
á Moisés, tus transportes  
ni tus llantos traición pueden hacerte;  
porque, al fin, la princesa  
no es madre todavía.

Entonces, mientras plácida, dichosa  
y con paso triunfante,  
la virgen conducía  
el niño humilde al Faraón soberbio,  
por las maternas lágrimas bañado,  
se oían en los cielos luminosos  
los ángeles á coro que, cubiertos  
ante Dios con sus alas,  
entonaban los cantos eternos:

«¡Jacob! No te lamentes  
ya más desde tu tierra de destierro;  
no mezcles más tu llanto